



MICHOACÁN



**Rubén
Moreira**

Diputado federal
@rubenmoreiravdz



En 1920, Pascual Ortiz Rubio lanzó una convocatoria para que expertos en Michoacán se presentaran a un certamen donde el mejor trabajo sobre la historia de la entidad sería publicado. La idea no tuvo una buena acogida y el certamen se declaró desierto. El gobernador -ese cargo tenía Ortiz Rubio- no se desanimó y, a falta de voluntarios, escribió un texto que salió a la luz con su nombre y en donde se incluyó la convocatoria fallida.

Era ingeniero y pasó a la historia como una marioneta de Plutarco Elías Calles, el famoso "Jefe Máximo de la Revolución". Cuando murió 40 años después de aquel libro de historia, solo unos cuantos cuates fueron a su sepelio, lo enterraron en una fosa de tercera, en el mismo panteón donde la tumba principal era la del turco nacido en Sonora. Pascual era todo lo contrario a lo que se difundía en los corrillos

de la política nacional. Para empezar, era un hombre culto, algo raro entre quienes llegan a cargos públicos.

Fue un estudiante inquieto y bastante revoltoso; con motivo de un movimiento anti-reeleccionista fue aprehendido y expulsado del Colegio de San Nicolás. En su familia había hacendados, un exgobernador y hasta un obispo. Para su fortuna fue a dar a la Ciudad de México, donde, además de escribir poemas y conocer a los intelectuales de la época, se graduó de ingeniero. Se sumó a la revolución y, al sortear todo tipo de intrigas y purgas, quedó inscrito en el bando triunfador; así llegó a gobernador, diplomático y por último presidente de la República. Por cierto, tenía la conveniente habilidad de burlar a la muerte: cuando menos en dos ocasiones fue baleado y la libró. Una de ellas sucedió el día de su toma de protesta.

Este personaje con apariencia de padre abnegado y con cara de contador de alguna oficina pública, era en realidad un avezado político y entre sus méritos se encontraba el fundar la primera Universidad Autónoma de México y Latinoamérica.